

biam, divitiæ non nocebunt. IDEM
SERM. XXIX.

*Divitiæ, ut impedimenta sunt
improbis, ita bonis sunt adjumen-
ta virtutis.* S. AMBR. SUP. LUCAM.
I. VIII.

*Qui divitiarum servus est, di-
vitiis custodit ut servus: qui au-
tem servitutis discussit jugum,
distribuit eas ut dominus.* S. HIER.
LIB. I, SUP. ILLUD MATTH. *Non po-
testis Deo, etc.*

*Solæ divitiæ veræ sunt, quæ
nos virtutibus divites efficiunt. Si
ergo fratres divites esse cupitis,
veras divitiis amate.* S. GREGOR.
HOM. SUP. ILLUD: *Exiit qui semi-
nat, etc.*

*Terrena substantia æternæ fe-
licitati comparata, pondus est non
subsidium.* Id. HOM. XXXVII, IN EVANG.

*Omnia bona mundi triplex in-
teritus tollit, aut ex seipsis vete-
rascunt, aut luxu dominorum suo-
rum consumuntur, aut ab extra-
neis dolo, vel violentia, vel ca-
lumnia diripiuntur.* S. CHRYSOST.
SUP. ILLUD MATTH. 6: *Ubi ærugo et
finea, etc.*

*Veræ ergo divitiæ non opes
sunt, sed virtutes, quas secum
conscientia portat, ut in perpe-
tuum dives fiat.* S. BERN. IN QUOD.
SERM.

*Familiaris res est humanum
cor opibus ac libertate dissolvi,
ærumnis vero ac paupertate ad
semelipsum recolligi.* BEDA, SUPER
ESDR. LIB. I.

Véase: PROSPERIDADES TEMPORALES.

el orgullo y las riquezas no harán
daño.

Las riquezas, al paso que inca-
pacitan á los malos para la vir-
tud, aumentan la de los buenos.

Quien es esclavo de sus tesoros
los guarda como esclavo; pero el
que sacude el yugo de su esclavi-
tud, las emplea y distribuye como
amo.

Son verdaderas riquezas las que
nos hacen ricos en virtudes. Si
deseais pues, oh hermanos, ser ri-
cos, buscad las verdaderas ri-
quezas.

Los bienes terrenales, compara-
dos con los del cielo, sirven más
bien de embarazo que de alivio.

Todos los bienes del mundo se
pierden de tres maneras: ó los
consume el tiempo, ó los destruye
el lujo de sus poseedores, ó los
roban los extraños por medio del
fraude, de la fuerza ó de la ca-
lumnia.

Las verdaderas riquezas no son
los tesoros, sino las virtudes, que
adornan la conciencia para enri-
quecerla eternamente.

Obsérvase muy á menudo, que
el corazon del hombre se relaja
con las riquezas y la libertad, y
vuelve en sí con las tribulaciones
y la pobreza.

BLASFEMIA.

Qia blasphemas.

Que blasfemas.

(Joann. x, 36.)

Desde que hay religion en el mundo, han alabado siempre los hombres al objeto que reconocen por su Dios. El cristiano y el idólatra convienen en esto; y ¿cómo podrian disentir, cuando no puede darse ni concebirse la idea de la religion sin el tributo de las alabanzas? Por la virtud de la religion adoramos aquel Sér, que en nuestro concepto excede á todos los demás en grandeza, en poder, en sabiduría, en independencia, en virtud. Ni es posible protestar el exceso en estas cualidades, sin alabarlas, porque no es otra cosa la alabanza, que la publicacion de las buenas y excelentes cualidades de otro. Los idólatras, careciendo de la idea verdadera de la Divinidad, tributaban honores divinos á las criaturas, de quienes creían haber recibido y esperaban recibir algunos beneficios extraordinarios; por cuyo medio daban un público testimonio de su poder y beneficencia. De aquí la suposicion, de que la gratitud, connatural al hombre, es el origen del detestable mónstruo de la idolatria. Así es, que cuando los israelitas expusieron á vista del pueblo el becerro formado por ellos mismos, no se contentaron con decir, *esos son tus dioses, Israel*; sino, que en su acceso, añadían: *esos son los dioses que te sacaron de Egipto*; que equivale á decir: ¿qué cúmulo de perfecciones no han manifestado estos seres divinos en los prodigios obrados para librarle del yugo de Faraon! Del mismo modo son notables los elogios en que prorumpieron Moisés y su hermana María, al ver sumergido en el mar Rojo á Faraon con todo su ejército; los de los tres niños hebreos, cuando permanecían ilesos en el horno de Babilonia; los de Daniel y todos los demás profetas. Y la Iglesia san-

ta, dirigida por la eterna Sabiduría, hace que resuenen todos los dias en boca de cada uno de sus ministros aquellas alabanzas, que á pesar de nuestra tibieza y falta de atencion, renuevan mas principalmente en nuestra memoria la idea de las grandezas del Señor, y encienden en nuestros corazones los afectos mas sensibles de admiracion, de respeto, de gratitud y de amor.

Nada más opuesto á este acto de la virtud de la Religion que la blasfemia; ese horrendo vicio, por el que niega el hombre á Dios los atributos que le pertenecen, ó atribuye cualidades indecorosas á su adorable majestad; ese monstruoso pecado, que reprueban la gratitud, la razon y la naturaleza. Quiero tratar en este dia de la blasfemia, haciéndoos conocer su origen, su malicia, sus consecuencias y los medios de destruir este mónstruo. A. M.

1. Cuanto una cosa dista más del tiempo de su institucion, tanto más se debilita y extingue su memoria. En el principio de la Iglesia se reunian los fieles en el templo para tributar al Señor sus alabanzas; en cuyo piadoso ejercicio pasaban la mayor parte de la noche, aunque sabian de positivo, que esto habia de ocasionarles la persecucion y la muerte. ¡Siglos felices! mil veces bienaventurada época! Entónces era verdadera la Religion de los cristianos! ;entónces era más perfecta y más viva que al presente la idea que tenian de Dios! ;entónces se juntaba el cielo con la tierra, porque los ángeles acompañaban á los hombres en estos gloriosos cánticos! ;entónces cada cristiano era un santo, un mártir, porque la entrada en la Iglesia era el camino para el martirio!

¡Qué confusion, cristianos, qué confusion es para nosotros, el comparar aquellas costumbres con las nuestras! ;Por ventura el Dios que nosotros adoramos, es otro que el que adoraban ellos? ¿se ha debilitado su poder? ¿se ha disminuido su grandeza? ¿No son infinitas, como entónces, todas sus perfecciones? ¿son ménos considerables los beneficios, las gracias que á nosotros nos dispensa? ;Por qué, pues, no han de ser tan continuas, sinceras y expresivas nuestras alabanzas? ;Oh! ciertamente desanima el considerar, que los fieles ya no se ocupan en esto; que es un ministerio exclusivo del sacerdote, quien, por justas disposiciones de la Iglesia, tiene que desempeñarlo, usando un idioma desconocido de aquellos: de modo, que unos lo abandonan completamente; otros, guiados por la costumbre, lo hacen con un espíritu distraido; otros, llenos siempre de los cuidados temporales, repiten sin atencion, y tal vez con fastidio, lo que oyen al sacerdote. Este ve con sumo dolor, que los fieles, ni aun saben lo más necesario

acerca de la naturaleza y atributos de Dios; que la idea de un Sér supremo é independiente va desapareciendo de entre nosotros; y es de creer, que muchos adorarían á Mahoma con la misma indiferencia con que adoran á Jesucristo. ¡Qué dolor! nos aprovechamos del mundo como los brutos; empleamos como ellos nuestras fuerzas, hacemos uso de nuestra vida, sin atender jamás al verdadero principio y al objeto único de la creacion. El mundo entero publica sin cesar las glorias de su Criador, y solo las ignora el hombre, que es el único capaz de conocerlas. Nuestra vida es conforme á nuestro conocimiento: no amamos á Dios, por no tener nociones de su bondad; no le tememos, por no tener idea de su justicia; no le obedecemos, por desconocer su omnipotencia; no le veneramos, por ignorar lo excelso de su majestad; en una palabra, le ofendemos, le insultamos, le blasfemamos como los fariseos, por no conocerle. Con el pecado crece la ignorancia, y con la ignorancia se aumenta el pecado; y como es ya suma la ignorancia, el pecado ha llegado á su mayor incremento.

Aquí teneis, cristianos, el origen de la blasfemia; la ignorancia; esa ignorancia tan universal respecto á los atributos de la Divinidad, esa ignorancia sostenida por la perversidad del corazón, esa fatal ignorancia, que ha conducido á los hombres al último extremo de corrupcion. Ya no se contentan con abusar de las criaturas, se empeñan en robar la gloria á su Criador: no se dan por satisfechos con pisar las leyes sacrosantas de su adorable providencia; le hieren, además, en lo mas vivo de su honra, blasfemando su santo nombre: les parece poco convertirse de cristianos en gentiles; desean trasformarse en horriblos mónstruos del infierno.

2. Con efecto; la blasfemia es el ejercicio continuo de los condenados y de los demonios en el infierno: la blasfemia es el carácter peculiar del Antecristo; es el distintivo de aquel, á quien llama Dios por excelencia *el hombre de pecado*; es la divisa de la bestia feroz, que representa san Juan en su Apocalipsis, APOCAL. XIII, haciendo á Dios y á su Religion santa la guerra más impía. La blasfemia, dice san Jerónimo, es el mas horrible de todos los pecados. La blasfemia, en sentir de san Agustin, es un delito igual al de los judios, que crucificaron á su Dios; por cuya razon le es tan sensible y dolorosa como lo fueron los azotes, las espinas, los clavos, la cruz y la muerte. La blasfemia, escribe san Bernardo, es un horrendo sacrilegio, mas execrable aun que el de los fieros sayones, que pusieron sus impías manos en el cuerpo sacratísimo del Señor. La blasfemia contra el Espíritu Santo, dice el mismo Jesucristo, es un pecado irremisible; ni en la vida pre-

sente ni en la futura será perdonado. La blasfemia cierra todas las puertas de la divina misericordia; enciende su furor; aviva su indignacion, y arranca, por último, de su mano el castigo más terrible y espantoso.

5. Uno de los medios más á propósito para dar á conocer toda la malicia del pecado de blasfemia, y de la indignacion que causa al Señor, es referir algunos de tantos horrorosos castigos como ha impuesto en esta vida á los blasfemos. El impío Rabsáces, á nombre de su rey, blasfema al Dios de Israel en presencia del ejército del piadoso Ezequias; y en aquella noche, irritado el Señor, desbarata su poderoso ejército por el ministerio de un ángel; degüella en un momento ciento ochenta y cinco mil soldados; y si permite y protege la huida del rey blasfemo, es con el fin de que sufra una muerte mas inhumana: en su corte, en el templo de sus ídolos, en todas partes le persiguen; sus propios hijos se arrojan sobre él, manchan sus impuras manos en su sangre, y le hacen bajar al sepulcro despojado de toda su gloria. El pérfido y obstinado Faraon, los sacrilegos Coré, Datan y Abiron; el soberbio Holoférnes; los impíos Nicanor y Antíoco... ¿qué horribles y pronto castigos no recibieron por sus execrables blasfemias? ¡Oh! nada tiene de extraño, porque, entre todos los pecados, sola la blasfemia va directamente contra el honor del Santo por esencia; sola ella tiende á disminuir la gloria del Omnipotente; sola ella llena de afrentas y vituperios al Criador del universo. Todos los pecados tienen algun aliciente; la blasfemia ninguno. El injusto es movido por el interés, el soberbio por la vanagloria, el deshonesto por los placeres de la carne; el blasfemo... ¡ah! no puede explicarse la causa de este pecado, sino, por sola la malicia y perversidad; por un odio expreso y decidido á Dios; por la rabia y furor que tiene el hombre orgulloso de no poder arrancarle el poder y la divinidad.

No creais que exagero: mirad á uno de esos mónstruos, que por desgracia se ofrecen con tanta frecuencia á nuestra vista; mirádle, cuando poseido de un acceso de ira prorumpe en blasfemias contra su Criador, y vereis perfectamente retratado en su semblante cuanto tienen de horrendo y aterrador las furias infernales. Vereis su rostro desencajado, su color amarillento y negruzco, sus ojos despidiendo rayos de fuego, interrumpida la respiracion, los labios trémulos, la lengua moviéndose á todas partes, y vibrando á todos lados como la de la vívora el mortífero veneno de su rabia. No es un hombre; es una fiera encarnizada, un furioso energúmeno, un desesperado demonio. Si en aquella ocasion fuera capaz de contemplar su imagen en un espejo, ¿llegaria á conocerse? Al contrario, se espantaria, se

horrorizaria de sí mismo: ¡tal es y tan opuesto á su naturaleza el furor que le agita y subyuga! Y á no ser así, ¿cómo habia de tener la insolencia sacrilega de insultar á su Criador omnipotente?

Tan monstruoso es este vicio, que, á su vista, se horroriza la naturaleza, se estremece la razon, la Religion se avergüenza; hasta la impiedad misma le detesta. Apenas hay legislacion que no lo prohíba, bajo las penas mas severas y terribles. En la ley de Moisés no solo era excomulgado el blasfemo y separado del pueblo, sino que irremisiblemente habia de morir apedreado; en prueba de ello, trataron los judíos de apedrear á Jesucristo, por parecerles que blasfemaba, cuando les anunciaba las verdades del cielo. No tan severas, pero mas imponentes, si se quiere, son las penas, con que la primitiva Iglesia castigaba este delito. Además de las penitencias comunes á todos los pecadores, se le imponia al blasfemo la de entrar descalzo, con una soga al cuello, con las demostraciones del dolor mas vehemente, la primera vez que era admitido al templo del Señor, á quien de tal modo habia insultado. Todos los reyes cristianos han establecido penas severísimas para castigar tan enorme crimen.

Aquí no puedo ménos de llamar la atencion de las autoridades de esta poblacion. Las autoridades supremas descansan en las leyes y los magistrados; los jueces superiores en sus subalternos, y aquéllos en vosotros. Supuestas las determinaciones de la ley, sois responsables en el tribunal del más recto de los jueces, de las blasfemias con que en este pueblo, confiado á vosotros, se ultraje su nombre sacratísimo; y este nombre adorable es blasfemado en este pueblo. ¿Qué haceis pues? ¿para que llevais en la mano esa vara, sino para castigar semejantes desórdenes? ¡Qué! ¿temereis desagradar á los hombres, usando de vuestra autoridad y cumpliendo vuestro deber, y no temeis desagradar á Dios, abusando de esa misma autoridad y faltando á vuestros deberes? Haceis una ostentacion, tal vez ridícula, de mirar por los intereses y el honor de vuestros hermanos, y ¿no os interesareis en lo mas mínimo por la honra de vuestro Dios? Temeis la pérdida de los bienes temporales, y ¿no temereis la de vuestra salvacion? En todos los pueblos se han tomado las mas serias providencias para la extincion de este monstruoso pecado, y solo en éste se tolera, se deja impune y tal vez se patrocina ó promueve con el ejemplo. San Juan Crisóstomo opinaba, que cualquier cristiano, al oír una blasfemia, estaba, no solamente autorizado, sino obligado á acercarse al blasfemo, advertirle su crimen, cerrarle la boca con una bofetada, y romperle la dentadura, aunque supiera positivamente peligraba su vida por esta accion. Si llegára esto á suceder, dice este celoso pa-

dre, el que tal hiciere, santificaría su mano con el golpe, su lengua con la reprensión, su alma con el celo; y si por ello perdiera la vida, sería mártir del Señor como el Bautista. Y si esta es la obligación del particular, ¿cuál será la de los jueces y superiores? ¡Ay de vosotros, si no la cumplís! Ese mismo Dios, cuya causa tan mal habeis defendido, os declarará ante todo el mundo traidores á la patria, traidores á la Religion, traidores á la naturaleza. ¡Infelices! infelices tambien los que den lugar á esta reprensión!

Yo me horrorizo, hermanos míos, al contemplar esto despacio. Cuando las lenguas todas de los ángeles son sumamente débiles para glorificarle; cuando todos los seres criados no alcanzan á tributarle las alabanzas y bendiciones que de justicia se le deben por su poder, sabiduría y santidad; no se oyen en boca de los cristianos sino desprecios é insultos á su adorable majestad. Los verdaderos cristianos se ven precisados á tener cerrados en casa á sus hijos, porque no participan del contagio; los ancianos oyen con frecuencia lo que acaso no oyeron una vez en su juventud; las mujeres se estremecen al oír las horribles blasfemias, en que prorumpen sus infames maridos al castigarlas injustamente, y lo sienten mas que el mismo castigo; los inocentes parvulitos, esas desgraciadas víctimas del furor de sus desapiadados padres han sido ofrecidos por ellos en sacrificio á los demonios; han mamado la irreligion con la leche, y sus balbucientes lenguas se han desatado con mil obscenidades y blasfemias que oían á aquéllos. ¡Desventurados niños! en qué tiempo tan funesto han recibido la vida! ¡Dios justo! cuidad de sus almas inocentes; apartad de su presencia la piedra del escándalo, quitando á sus impíos padres la vida que no merecen; llamadlos si no para vuestra gloria, antes que con el uso de la razón entre á dominarlos la impiedad.

¡Época desventurada! ¡guerra cruel! ¡qué terrible desolación has sembrado en nuestro miserable suelo! ¡Cuánto mejor hubiera sido, cristianos, perecer á manos del feroz enemigo, que conservar la existencia, para ver y lamentar los horrores que introdujeron en nuestras costumbres! ¡Cuánto mejor hubiera sido morir defendiendo la Religion y la patria, que vivir para ver la infamia de la patria y la deshonra de la Religion! Huesos áridos de nuestros mayores, levantaos; romped la pesada losa que os cubre; volved á vuestros pueblos, á vuestros hogares... ¡Qué digo! profundizad más vuestros sepulcros; poned sobre ellos los mas elevados montes; ocultáos bajo el más profundo abismo, por no ver á vuestra patria convertida en un infierno, y en demonios á vuestros hijos; por no oír su lenguaje, que es el mismo que el de aquel lugar de desesperación; esas blasfemias é im-

precaciones que jamás vosotros oísteis, y que profieren ahora como por diversion hasta los niños. Pero no digo bien; salid; salid á arrancar esas lenguas impías, á desgarrar esas bocas sacrílegas, á arrastrar con vosotros al sepulcro y sepultar en el infierno á esos monstruos. Deponed ese afecto paternal que abriga vuestro corazón, pues ya no son los mismos que engendrasteis; son unas furias abortadas por el infierno.

Ministros de las iras del Señor, venid á defender su honra. Heladas, pedriscos, rayos, fuego, inundaciones, hambres, guerras, pestes y mortandades, á vosotros, digo con los tres niños israelitas, con David y con toda la Iglesia; venid, alabad á vuestro Dios; confundid á los impíos, que le deshonran y profanan su santo nombre. Hombres buenos, mujeres piadosas, ancianos venerables, jóvenes robustos, emplead todas vuestras fuerzas, poned en movimiento todos los recursos posibles para ahuyentar un vicio tan abominable; valéos de vuestra virtud, de vuestros hechizos, de vuestras canas, de vuestra autoridad, para hacer enmudecer á los sacrílegos; dadles en rostro con su impiedad; detestad pública é incesantemente su lenguaje; huid lejos de su compañía, para que como Caín vivan solos, prófugos en su misma patria. Padres de familia, apartad de su lado á vuestros hijos; y si éstos, incitados por su ejemplo, profiriesen semejantes expresiones, arrancadles la lengua en el acto. Ángeles de la gloria, potestad del infierno... Pero ¿dónde voy? yo no puedo más; tomad, Señor, por vuestra cuenta la defensa de vuestra gloria: presentaos á estos malos cristianos en el lastimoso estado á que os ha reducido su impiedad; recordádes aquella ominosa noche, en que por su causa fuisteis el blanco de los escarnios y befas de los sayones, y decidles, que aun sentís más sus blasfemias: presentadles esa profunda llaga del costado, y hacedles ver, que aun es más profunda y cruel la que os hacen ellos en vuestra honra: presentadles esa cruz de tormento é ignominia, y decidles, que aun os afrentan y martirizan más sus sacrílegas profanaciones: presentadles esas punzantes espinas, esos agudos clavos...

Me detengo demasiado: recordad, os diré para concluir, recordad, amados míos, que el Señor, á pesar de vuestros enormes delitos, os sufre, os conserva la vida, cuida de vuestro alimento, sostiene vuestra fe, os llama sin cesar por su divina gracia, os espera á penitencia, os da su preciosa sangre, ofrece por vosotros su vida, os convida con su gloria; recordad estos beneficios, que son la prueba mas demostrativa de la grandeza del Señor y de su infinita misericordia; recordadlos y bendecidle con toda la efusión de vuestra al-

ma. Bendigamos todos la grandeza del Señor : bendecidla vosotros, ángeles de la gloria ; bendecidla , cielos inmensos ; bendecidla , astros lucientes ; bendecidla , animales brutos ; bendecidla plantas insensibles ; piedras y metales , elementos y todas las criaturas , bendecid , alabad su santo Nombre ; publicad su poder y su excelencia ; decid en vuestro idioma : bendito sea para siempre el nombre del Dios de los cristianos , porque él solo es el grande , el sabio , el poderoso , el bueno , el Dios verdadero , el único á quien se deben las alabanzas , el honor y la gloria por los siglos de los siglos . Amen .

BLASFEMIA.

II.

Quidam de scribis dixerunt intra se: Hic blasphemat.

Ciertos escribas dijeron luego para consigo: Este blasfema.

(*Matth. ix, 3.*)

Quando presentaron á Jesucristo un paralítico para que le curase , dijo el Salvador al tullido : Ten confianza , hijo mio , que perdonados te son tus pecados . En esto se fundaron los escribas para acusar á Jesucristo de blasfemo , porque , dijeron , se atribuía el poder de perdonar los pecados , lo cual solo corresponde á Dios . Pero ¿ no fueron más bien los doctores de la ley los que blasfemaron , tratando á Jesucristo de blasfemo , puesto que con sus milagros les habia dado pruebas convincentes de su divinidad , y , por consiguiente , de la potestad que tenia de perdonar los pecados ? Así es , que para convencerles y confundirles más y más , obró Jesucristo un nuevo milagro , curando al paralítico que tenia en su presencia . ¿ Qué cosa es más fácil , les dijo , declarar á este hombre que se le perdonan sus pecados , ó de-

cirle : levántate y anda ? Pues para que sepais , que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad para perdonar los pecados , levántate , dijo al mismo tiempo al paralítico , toma tu lecho , y vete á tu casa . Y obedeciendo al instante el paralítico , cuantos habian sido testigos del milagro , glorificaron á Dios por haber dado tal potestad á los hombres . Así , pues , los doctores de la ley quedaron confundidos , pero no se convirtieron ; por el contrario , persistieron en sus proyectos de persecucion contra el Salvador , levantando contra él falsas acusaciones y blasfemando de su divinidad . ¡ Blasfema ! ¡ Pecado horrible , que reina todavía entre los cristianos , y que merece toda nuestra aversion ! Para apartaros , hermanos míos , de este pecado , me propongo hoy combatirle . ¡ Ojalá me fuera dado , hermanos míos , desterrar á este mónstruo de entre vosotros ! es tan comun en todos los estados , que me tendria por dichoso en disminuir siquiera el número de blasfemias . Se blasfema en las ciudades y aldeas ; blasfeman pobres y ricos , grandes y pequeños , viejos y jóvenes ; la blasfemia es la primera palabra que aprenden á pronunciar los niños . ¡ Oh ! si yo pudiera oponer un dique á ese torrente , que tantos estragos causa en el mundo ! Para alcanzarlo me propongo daros á conocer la enormidad de este pecado .

Imploremos primero , etc. A. M.

1. El blasfemo es un sacrilego . El sacrilegio es la profanacion de una cosa santa . Y ¿ qué cosa hay mas santa que el nombre del Señor ? Al nombre del Señor Dios , toda rodilla debe doblarse , en el cielo , en la tierra , y aun en los infiernos . *Mi nombre es grande en las naciones* , ha dicho el mismo Dios ; *desde Oriente á Occidente se le debe respetar* . El blasfemo no lo respeta ; él lo profana y lo ultraja ; por consiguiente , es un sacrilego .

El blasfemo es un impío . Por impiedad se entiende el menosprecio de Dios ó de una cosa santa ; y vivir en la impiedad es carecer de religion , despreciar la salvacion del alma , y gloriarse de los crímenes que se cometen . Yo os pregunto , blasfemo , ¿ qué injuria no haceis á Dios , cuando le maldecís con vuestras blasfemias ? ¿Cuál es la religion de aquel que , desde la mañana á la tarde se atreve á tratar á su Dios como no osaria tratar al último de los hombres ? ¿ Qué cuidado teneis de vuestra salvacion , vosotros , los que estais dando continuamente á vuestra alma golpes mortales , acumulando sobre vuestra conciencia crímenes sobre crímenes , y gloriándoos de ello , pues que nada puede deteneros ? El blasfemo es un impío , y yo añado , sin debilitar en nada lo que hé dicho , que el blasfemo es un insensato .

¿Y no es necesario ser un insensato para resolverse á perder el mayor de todos los bienes, y para exponerse á sufrir penas infinitas y eternas, sin recibir por ello provecho ni ventaja alguna? Pues bien, blasfemos, por vuestra criminal conducta perdeis el cielo y mereceis el infierno; ved ahí adonde os conducen vuestras blasfemias. Decidme, ahora: ¿qué ventaja reportais de esos horribles pecados? Yo digo al ébrio, que pierde su alma; pero él me responde, que tiene un placer en beber y en divertirse. Yo digo al deshonesto, que si permanece en el desórden, jamás verá á Dios; pero él me responde: «Gocemos del tiempo presente.» Blasfemos, yo os vengo á advertir de parte de Dios, que condenais vuestra alma; que ella será excluida del cielo para siempre; que tendrá que sufrir una eternidad de castigos y de penas en el infierno. ¿Qué utilidad habreis sacado de vuestras blasfemias? ¿Cuán insensatos sois, vosotros, los que renunciáis á una felicidad indecible, que os sumergís en una desgracia sin fin, por cometer un pecado, un horrible pecado, que no os promete ganancia, ni provecho, ni placer! A no ser que tengais un placer en el mal, que solo hagais el mal por el gusto de hacerlo, lo que no puedo yo creer, porque es propio del demonio, y yo retrocedo ante la idea de que podais ser semejantes á él. Pero lo que me veo obligado á reconocer, es, que sois más ingratos para con Dios, que los habitantes mismos del infierno.

Yo descendo en espíritu á las prisiones del abismo, y oigo allí una multitud de criminales que blasfeman del santo nombre de Dios, y les pregunto; ¿por qué vomitan esas injurias y esas maldiciones contra un Dios infinitamente santo? Por toda respuesta me muestran las llamas que los devoran. Lo comprendo: ellos blasfeman porque Dios los castiga de la manera mas rigurosa. Yo vuelvo á la tierra, y oigo las mismas imprecaciones y las mismas blasfemias que en el infierno. Pues qué, exclamo, ¿osais vosotros blasfemar contra vuestro Dios? ¡Desventurados! ¿por qué blasfemais contra él? Él os ha criado á su imágen; él os ha dado un alma inmortal, capaz de conocerle y de amarle en esta vida y de poseerle en la otra; él os ha dado á su Hijo único, el objeto de sus complacencias, que por vuestro amor, por libraros del infierno y abriros la puerta del cielo, quiso morir en la cruz; él os tolera, él no os castiga como lo mereceis, él os ofrece el perdón si os convertís á él. Tal es la conducta de Dios respecto á vosotros, conducta llena de bondad y de misericordia; y á pesar de que él os concede tantos beneficios, blasfemais de él! ¡ingratos! lo mismo que los réprobos! Pero yo os lo digo, y esta es la verdad: semejantes á ellos, durante la vida, participareis de sus tormentos

en la eternidad. Y en efecto, ¿cómo es posible creer, que Dios admita jamás en su reino eterno, para que le canten sus alabanzas con los ángeles y los santos, á aquellos hombres, que, durante su vida, no han hecho más que maldecirle y blasfemar de él? Hermanos míos, cada cual irá á su patria: el cielo pertenece á los verdaderos hijos de Dios, y el infierno será para los blasfemos.

2. Tambien en este mundo es castigada la blasfemia. Ella atrajo sobre la casa de David los mas terribles castigos del Señor: Porque tú has sido la causa, le dijo el profeta Natan, de que se haya renegado del nombre de Dios, tu hijo morirá, y los castigos del cielo no cesarán de caer sobre tu casa durante el curso de tu vida. Senaquerib, rey de los asirios, blasfemó contra el poder del Dios de Israel, diciendo, que no era bastante poderoso para librar al pueblo hebreo de sus manos; y el Señor, en castigo de tamaña blasfemia, envió su Angel exterminador, que, en una sola noche, dió muerte á ciento ochenta y cinco mil soldados del ejército asirio. ¿De dónde pensais que provienen, decia san Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquía, los terremotos y calamidades que os afligen, sino de las blasfemias que se han proferido en vuestra ciudad? No lo dudeis, hermanos míos; los terribles azotes con que la justicia de Dios aflige á los hombres, los han causado, en parte, las blasfemias que se vomitan contra su santo nombre.

Si vosotros, blasfemos, no quereis ser castigados aquí en la tierra, y despues perecer eternamente, convertios, mudad de vida; y para corregiros de la costumbre de las blasfemias, remontaos al origen del mal. ¿De dónde nace este pecado? De la viveza, de la cólera ó de los arrebatos. Moderad, pues, vuestros impetus, y cuando conozcais que hay en vosotros algun movimiento de impaciencia, condenad vuestra lengua al silencio. Si se os escapan algunas palabras culpables, imponeos una penitencia, y continuad castigándoos de ese modo, hasta que la costumbre sea desarraigada enteramente. Dad á los pobres alguna limosna, cada vez que tengais la desgracia de jurar, y bien pronto os corregireis, y la blasfemia cederá su lugar en vuestra boca á estas santas palabras de Job: *¡Bendito sea el nombre del Señor!*

Pero, ¿basta que destruyais en vosotros este pecado? No; vosotros debeis procurar destruirlo tambien en las personas que dependen de vosotros; vosotros debeis usar de toda vuestra autoridad para impedirles que blasfemen de Dios. Si blasfeman vuestros hijos, reprendedles con firmeza; y si reinciden, castigadles. Si vuestros domésticos blasfeman, dadles tiempo para desarraigar esa costumbre